

BT601  
N5

VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

ESTUDIOS

ESTUDIOS FILOSOFICOS SOBRE EL CRISTIANISMO

TOMO

AUGUSTO NICOLAS

TRADUCCION DEL CASTELLANO

DE D. JOSE VICENTE Y CARRANDES

Doctor en Leyes y Cánones

REVISADA POR LA COMISION DE CASTELLANO

por un Doctor en Sagrada Teología



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

Biblioteca Universitaria

LA

VIRGEN MARIA

VIVIENDO EN LA IGLESIA.

LIBRO TERCERO.

EXPOSICION HISTÓRICA DEL CULTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SUS ORIGENES, SU DESARROLLO, SUS TRIUNFOS, SUS INSTITUCIONES  
Y SUS OBRAS EN EL MUNDO.

(Continuacion.)

CAPITULO IV.

Triunfos de Maria sobre las heregias.—Testimonios gloriosos que le  
han suministrado los tres primeros siglos cristianos.

*Gaude, Maria Virgo; cunctas haereses sola interemisti in  
universo mundo!*

Este antiguo versículo de nuestras liturgias, suprimido  
por el Jansenismo en el Breviario Parisiense, habrá parecido  
tal vez excesivo á algunos de nuestros lectores. ¿En qué, ha-  
brán dicho, ha destruido la Virgen Maria las heregias, y to-  
das las heregias, y por todo el universo y sola? ¿No es esto una  
de aquellas piadosas imaginaciones que solo se sostienen sino  
por su exageracion, pero que nó resisten al contacto de una

séria dogmática, y sobre todo de la esperiencia y de la historia?

Una dogmática sería y un conocimiento profundo de la historia justifican precisamente este rasgo de alabanza; y aquí se debe aplicar el dicho de Bacon, que la poca ciencia aparta de la religion, y que la mucha ciencia vuelve á conducir á ella.

Este versículo católico responde, como cumplimiento, al versículo bíblico que predijo la lucha entre la serpiente y la mujer, y el triunfo de esta sobre aquel antiguo fautor de todas las heregías. No es menos verdad que la *Mujer*, bendita entre todas, ha combatido y hecho pedazos la descendencia de Satanás, que lo era el que ella habia de hacerlo. Los que tienen por verdadera esta profecía fundamental de nuestra Religion, no tienen derecho de admirarse de que se haya cumplido, y deberian aceptarla con confianza. Y si con todo, quieren ponerlo en duda, que se unan por lo menos á nosotros para verlo salir justificado de un estudio concienzudo.

Durand de Mende, en su *Manual de los Oficios Divinos*, tocando ligeramente esta cuestion, la propone y la decide así: «Como aun pululan una infinidad de heregías, se acostumbra preguntar cómo puede ser verdad lo que se dice en el noveno responsorio del Oficio de la Purificacion de María, que la Bienaventurada Virgen concluyó con todas las heregías. A esto respondemos, que ella hizo cuanto dependia de ella, porque *hizo visible á Aquel que era invisible*. Pues al principio no se le podia encontrar; unos lo buscaban entre las delicias de la carne, otros en el seno de las riquezas, otros en los libros de la filosofia, y en ninguna parte se encontraba..... Ahora nadie puede perderse en su camino, á no que quiera; por lo que se dice manifestamente de Isaías: *Ved ahí á Aquel que será el camino recto* (1).»

Esta esplicacion es dogmáticamente verdadera é históricamente cierta.

María ha hecho visible á Aquel que era invisible y que es *el Camino y la Verdad*. Gracias, pues, á ella, es imposible sa-

(1) Libro VII, cap. VII de la Purificacion de Santa María.

lirse á derecha é izquierda fuera del camino y de la verdad, á menos que no se quiera; y si se quiere así, y si se sale, y se aparta alguno de los *términos* de la verdad por la heregía, es imposible hacerlo, sin ser inmediatamente *esterminado* por aquella misma rectitud del camino de que se ha salido y que María ha hecho visible. De suerte que haciendo María visible la verdad, ha hecho visible el error, y por lo mismo, lo ha esterminado.

Y lo que María ha hecho una vez dando á luz al Invisible, lo continúa y lo realiza en todas sus aplicaciones. Toda la verdad religiosa consiste en la relacion del infinito y lo finito, de lo divino y lo humano por Jesucristo, que es El mismo infinito y finito, Dios y Hombre, todo junto, y que se agrega á sí, como miembro de un cuerpo del que El es la cabeza, todo lo que quiere introducir en el templo universal de la verdad. Todo error, toda heregía, ha consistido por lo tanto, de cerca ó de lejos, en torcer la verdad religiosa, es decir, la relacion de lo finito y de lo infinito, esto es, la nocion de Jesucristo, tipo y fundamento de esta relacion. Así es, que no siendo Jesucristo lo que es, á saber, Hijo de Dios, nacido Hombre de María, sino por María, María es, en todo rigor, la demostracion mas exacta de Jesucristo, sea que se niegue su humanidad, sea que se niegue su Divinidad, sea que se niegue la personalidad que soporta en El estas dos naturalezas. Ella es como el *gozne* sobre el cual rueda esta Puerta de los cielos, como el *umbral* de donde se estiende este camino que conduce á la vida, como el *faro* y el fanal de donde esta Verdad hecha visible, hace visible todo naufragio y todo escollo.

Luego es verdad, dogmáticamente hablando, decir que María esterminó todas las heregías.

Históricamente, he dicho, esto es cierto, y aquí es donde entramos en el objeto propio del presente Estudio: aquí es igualmente donde nos encontramos en el lleno de nuestro asunto: *La Virgen María viviendo en la Iglesia*.

Siento como tesis histórica, que la Iglesia es deudora á María de todos los triunfos obtenidos contra las heregías, y que las glorias de que siempre ha rodeado á esta Santísima Virgen, no solamente son el justo premio de estos triunfos,

sino que han sido y serán siempre los instrumentos de los mismos. De manera que al glorificar la Iglesia á María, no ha hecho siempre mas que profesar la fé y confundir el error.

Esto es lo que hay que demostrar primeramente respecto de los tres primeros siglos de la Iglesia, en que los adversarios del culto de María esfuerzan su oposicion, fundándose en el pretendido silencio de aquella edad de oro del Cristianismo, acerca de María.—Solo nos valdremos de testimonios de una autenticidad incontestable; y nos privaremos de todos aquellos que, con razon ó sin ella, han sido controvertidos, y, apoyando así esta esposicion con elementos irrefragables, la reduciremos á una sencilla apreciacion de buena fé.

He aquí la lista de nuestros testigos; son respetables:

San Juan Evangelista.

San Ignacio, mártir.

San Justino.

San Ireneo.

Tertuliano.

Clemente de Alejandria.

Origenes.

San Arquelao.

San Gregorio de Neocesarea.

San Justino y San Cipriano de Antioquia.

San Cipriano de Cartago.

En el capítulo siguiente veremos la continuacion de esa cadena de oro del siglo IV.

I. El primer testimonio que se presenta, y que se encadena estrechamente con el Evangelio, puesto que es de la misma mano, es el Apocalipsis de San Juan.

Se dice en este libro de las revelaciones:

«En esto apareció un gran prodigio en el cielo; una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.—Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto. Al mismo tiempo se vió en el cielo otro portentoso, y era un dragon descomunal, bermejo, con siete cabezas y diez cuernos; y en las cabezas tenia siete diademas... Y este dragon se puso delante

de la mujer que estaba para parir, á fin de tragarse al hijo, luego que ella le hubiese dado á luz. En esto parió un hijo varon, el cual habia de regir todas las naciones con cetro de hierro; y este hijo fué arrebatado para Dios y para su sólio... Entretanto se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y los Angeles peleaban contra el dragon... Así fué abatido aquel dragon descomunal, aquella antigua serpiente que se llama diablo, y tambien Satanás fué lanzado y arrojado por tierra, y sus ángeles con él... Viéndose, pues, el dragon precipitado *del cielo* á la tierra, fué persiguiendo á la mujer que habia parido aquel hijo varon... Y el dragon se irritó contra la mujer, y marchóse á guerrear contra los demás de la casta ó linaje de ella (ó mas literalmente, dice, Mr. de Lamennais, al resto de su descendencia) (1).»

Si lo que se acaba de decir en esta vision se refiere á la Virgen María, es necesario convenir que nada falta á este testimonio de su culto y de su gloria. Su antigüedad es apostólica en sumo grado, puesto que es de un Apóstol. Su carácter es mas que apostólico en cierto modo, toda vez que este Apóstol es el Evangelista San Juan, el discípulo amado del Hijo de Dios, sustituido en vez de Jesus para ser Hijo de María, y que, depositario de esta Madre sobreviviente, secreto confidente de los misterios del Verbo obrados en ella, comensal de su vida terrestre, tenia evidentemente gracia de estado para conocerla y hablar de ella sin ninguna ilusion para exagerar. ¡Y con qué brillantez nos la ofrece, tanto mas viva por el contraste de la oscuridad en que la habia conocido sobre la tierra! Es *un gran signo* (así lo habia indicado Isaías), no ya en la tierra, sino *en el cielo*. El *sol* la viste, la *luna* está bajo sus piés, las *estrellas* ciñen su cabeza. Apenas encuentra él en el mundo bastantes rayos para trazarnos alguna imagen de ella, dice Bossuet, y le ha sido preciso recoger todo cuanto hay de luminoso en la naturaleza. ¡Qué testimonio!—He aquí, despues del Evangelio, á qué antigüedad se remonta el culto de la Santísima Virgen María.

¡Pero es cosa averiguada que en el mencionado pasaje se

(1) Apocalipsis, cap. XII.

trata de la Virgen María? Nosotros así lo creemos con Bossuet, con todos los Padres y con la Iglesia. Sin embargo, se niega que así sea, y se nos dice que San Juan ha querido designar aquí la Iglesia.

Sí, es la Iglesia, es inútil discutir este punto; convenimos en ello. Pero es también á María, á María, tipo y figura de la Iglesia. Vamos á demostrarlo:

Desde luego aparece que es á María á quien quiere designar. Su Hijo, su Hijo la ha dado bastante á conocer. Este Hijo *que debía regir todas las naciones con una vara de hierro*, es el Mesías, así designado por los Profetas; y este *Hijo que ha sido elevado hácia Dios y hácia su trono*, es Jesús que subió á los cielos por su Ascension.—María no es menos reconocida en aquel *dragon, la antigua serpiente que quiere tragarse al Hijo, y que hace la guerra á la Mujer y á sus demás hijos*, ó al *resto de su descendencia*. Es testualmente la primera profecía del Génesis: *El Señor Dios dijo á la serpiente: Yo pondré enemistades entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya.*

¿Se trata de la Iglesia en esta profecía del Génesis? Nó. Se trata de la Mujer, de quien el Libertador debía nacer, de María. Luego se trata de María en el pasaje del Apocalipsis, que alude visiblemente al del Génesis.—En cuanto á aquellos dolores de parto que parecen no convenir á María, porque físicamente parió sin dolores, le convienen moral y místicamente, es decir, en el sentido del Apocalipsis, porque ella dió á luz al Hijo de Dios para la vida de dolores y de inmolation, cuya espada traspasó también á ella misma, según la palabra de Simeon.—Luego allí se trata efectivamente de María.

Por lo demás, ved ahí lo que acerca de esto dice San Agustín, no como opinion personal, lo que sería ya bastante, sino á título de informacion, á título de testimonio de la enseñanza transmitida y recibida en su tiempo en la Iglesia. Hablando á su pueblo le dice:

«Habeis recibido como artículo del Credo la creencia en la proteccion de aquella que pare contra los venenos de la serpiente. Está escrito en el Apocalipsis del Apóstol Juan, que

el dragon estaba en acecho delante de la mujer que iba á parir, para tragarse su hijo inmediatamente que hubiese nacido. *Nadie de vosotros ignora* que aquel dragon es el diablo, y que *AQUELLA MUJER SIGNIFICA LA VIRGEN MARÍA* que, inmaculada, dió á luz á nuestra Cabeza inmaculada, y que ha representado igualmente la figura de la Iglesia, en que, así como dando á luz un hijo permanece virgen, así también la Iglesia dá á luz los miembros de esta cabeza, sin perder su virginidad (1).»

Ved ahí en qué sentido se trata de la Iglesia y de María en aquel pasaje del Apocalipsis: de María directamente, de la Iglesia en figura.

El venerable M. Olier ha escrito sobre esto una bella página: «Jesucristo, dice, que ha prometido vivir en las almas santas, no ha comunicado su vida á persona alguna con tanta plenitud como á su Santa Madre. La comunicacion que El ha hecho de ella al cuerpo de la Iglesia, es bien inferior á la de su Madre. María es como un sacramento bajo el cual él distribuye sus bienes y sus gracias; y á este manantial tan abundante es adonde deben ir los Clérigos á beber la vida de Jesucristo. San Juan vió todo esto: él representa á la Santísima Virgen como una mujer vestida del sol, llevando en su cabeza una corona de doce estrellas, figura de los Apóstoles, y teniendo la luna bajo sus piés; enseñándonos á nosotros con

(1) *Accepistis et Symbolum, protectionem Parturientis contra venena Serpentis. In Apocalypsi Joannis Apostoli scriptum est hoc, quod staret draco in conspectu mulieris quæ paritura erat, ut cum peperisset, natum ejus comederet. Draconem Diabolum esse, nullus vestrum ignorat. Mulierem illam Virginem Mariam significasse, quæ caput nostrum integra integrum peperit, quæ etiam ipsa figuram in se sanctæ Ecclesiæ demonstravit: ut quomodo filium pariens virgo permansit, ita et hæc omni tempore membra ejus pariat, virginitatem non amittat.—De Symbolo ad catechumenos, II, cap. I.*

«San Agustín, dice Bossuet, nos asegura que la mujer del Apocalipsis es la Virgen Santísima; y sería fácil demostrarlo con muchas razones convincentes.» (*Sermon sobre la compasion de la Santísima Virgen.*)

esto que, toda llena y penetrada de Jesucristo, figurado por el sol, ella llena á su vez á todos los Apóstoles y la Iglesia, y les dá todo lo que ellos poseen de luz y esplendor. Ella aparece todavía con el dragon bajo sus piés; y esto es para dar á entender que todos los Apóstoles, los discípulos, los sacerdotes y demás ministros de la gerarquía de la Iglesia, hasta los exorcistas, tienen y reciben de Jesucristo, en Ella, el poder de pisar y aplanar la cabeza de la serpiente (*accepistis et Symbolum, protectionem Parturientis contra venena Serpentis*); consiguientemente á este designio, Dios ha querido que, aunque su Santa Madre no estuviese presente en la Cena, no debiendo ser hecha visiblemente sacerdote, segun el orden de Melchisedech, sin embargo, estuviese en el Cenáculo para recibir allí el espíritu y la gracia apostólica; enseñando con esto á la Iglesia que nunca seria ella renovada sino en la sociedad de María y participando de su espíritu (1).»

Así, lejos de negar que se trata de la Iglesia en el Apocalipsis, yo me valgo de esto mismo para hacer ver por este testimonio Apostólico la antigüedad de la doctrina de María, figura y Sacramento de la Iglesia, de *María, viva en la Iglesia*, dándonos, no solamente la Cabeza, sino tambien los miembros, no solamente el Cristo, sino tambien los cristianos, *sus otros hijos*, como dice escelerentemente el Apóstol. Hallaremos esta doctrina en los Padres, con especialidad en Clemente de Alejandría y en San Agustín; pero por cierto es honroso y concluyente contra los que contradicen nuestra filiación de María y el culto que en este concepto le debemos, ver atestiguada esta *qualidad de hijos de María* por San Juan, el cual, el primero entre todos, fué revestido de ella por el mismo Jesucristo. Doctrina admirable y que desenvuelve todo el Cristianismo en la forma de su esposición. Porque, ¿qué manera mas espresiva y mas for-

(1) Manuscritos de M. Olier, citados en su vida, pág. 253, t. II. Para hacer sensible esta doctrina, M. Olier hizo ejecutar por Le Brun una magnífica composición que representaba á la Virgen en el Cenáculo recibiendo, con preferencia á los Apóstoles, la plenitud del Espíritu Santo, que se dirige despues á ellos y al resto de la asamblea.

mal de decir que somos hijos de Dios, que el decir que somos hermanos de su Hijo, *Primogénito* de María? ¿Y qué manera mas espresiva y mas formal de decir que somos hermanos de este divino Hijo, que el llamarnos *LOS OTROS hijos* de María, y *el RESTO de su descendencia*?... Por último, ¿qué manera mas sublime de proponer á esta nueva Eva, á esta Madre de los cristianos, como objeto de nuestro culto y de nuestras oraciones, que el mostrárnosla en tal brillo de gloria, que reúne y reconcentra toda la luz de los astros, y en tal oposición con Satanás, que suscita todos sus furores contra ella?

Estos furores que ella suscita, y que hace impotentes por su Maternidad divina, eran los furores de las heregias de los primeros tiempos, especialmente la de los *Docetes*, que negaban la verdadera humanidad del Hijo de Dios, su real nacimiento de María; contraposición de la heregia de los *Ebriónitas*, que negaban su divinidad y su generación eterna del Padre; contra estos ya habia escrito San Juan su *In principio erat Verbum*; contra aquellos su *Caro factum est*, y, en su Epistola, su *Quod audivimus, quod vidimus, oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae*, atestiguando por la esperiencia del oído, de la vista y del tacto, que era una humanidad *palpable* y una carne real la que el Hijo de Dios habia tomado en las entrañas de María.

Esta heregia, que negaba la humanidad de Cristo, la Encarnación del Verbo, prolongándose bajo las mil formas del Docetismo, del Gnosticismo, del Marcionismo y del Maniqueísmo, hostigó á la Iglesia por espacio de cuatrocientos años, y San Agustín la trataba todavía como heregia contemporánea. Dicen los mas sábios intérpretes, que á esta heregia habia aludido especialmente San Juan, en este dragon de muchas cabezas, que queria devorar por su negación al *Hijo varón* que la mujer habia dado á luz en medio de dolores y de gritos que atestiguaban la *realidad* de esta Maternidad tan dolorosa.

Vemos, pues, aquí, desde el principio, lo que no dejaremos de ver en todo el transcurso de los cuatro primeros siglos cristianos; dos actos, dos espectáculos conexos. La Virgen esterminando la heregia y glorificada por la fé, manifestando á Jesucristo, y manifestada por Jesucristo, manifestando su hu-

manidad, y manifestada por su divinidad, revistiéndole de carne, y siendo revestida por El de luz, *et vestis illum et vestiris ab illo.*

II. El segundo testimonio histórico de este carácter y de esta acción de María en la Iglesia, viene á eslabonarse con el de San Juan, pues es de su discípulo San Ignacio mártir.

Este Padre apostólico, que ha hecho mucho mas que escrito, y cuyas cartas muy veneradas, respiran olor de mártir, nos ha dejado prendas muy preciosas de la misma doctrina. Aplicase principalmente á combatir la heregía de los Docetes, á conservar contra ellos la realidad del sér humano en Jesucristo, la realidad de su nacimiento y de su muerte, de la Encarnacion y de la Redencion. Repite, pues, con solemnidad que Jesucristo, Nuestro Señor y Dios, *es carne y espíritu de la Madre de Dios* (1), que ha sido *llevado en las entrañas de María*, segun la dispensacion de Dios (2), que es de la raza de David, que ha *salido de María*, que es *verdaderamente nacido*, que ha comido y bebido, que ha padecido *verdaderamente*, y ha sido inmolado bajo Poncio-Pilatos (3), que ha *nacido verdaderamente de la Virgen*, que ha sido verdaderamente clavado por nosotros en su carne bajo Poncio-Pilatos y Herodes el Tetrarca, etc. (4); en una palabra, que el *invisible se ha hecho visible*, y el *impasible* ha padecido por nuestro amor (5). Ved aquí lo que se encuentra en cada página de las Epistolas que nos ha

(1) Carnalis et spiritualis et ex Maria et ex Deo.—*Ad Ephesios*, caput VII.

(2) *In utero gestatus est a Maria juxta dispensationem Dei.*—*Id.*, *ibid.*, cap. XVIII.

(3) Qui ex genere Davidis, qui ex Maria, qui *vere natus est*, edidit et bibit, *vere passus est* sub Pontio Pilato, *vere crucifixus et mortuus est.*—*Ad Trallianos*, cap. IX.

(4) *Natum vere ex Virgine, vere sub Pontio Pilato et Herode tetrarcha clavus confixum pro nobis in carne.*—*Ad Smyrnaeos*, cap. I.

(5) *Invisibilem propter nos visibilem, Impasibilem propter nos pasibilem.*—*Ad Polycarpum*, cap. III.

dejado este grande mártir, cuya sangre se ha mezclado con la de los Apóstoles.

¡Cosa admirable! Hasta en los términos, esta antigua doctrina es aquella que cantamos todos los dias al pié de los altares de Jesus y de María:

Ave *Verum* corpus natum  
De Maria Virgine,  
*Vere* passum, inmolatum  
In cruce pro homine.

Esta palabra *verum*, *verdaderamente*, se halla repetida en dos partes con la misma intencion, la de apoyar el conocimiento y la obra de Jesucristo sobre la Maternidad divina de María.

Digo la obra de Jesucristo, porque Jesucristo no ha sufrido y no ha muerto verdaderamente, sino porque ha nacido verdaderamente de María. Negando los Docetes la realidad de la Encarnacion del Hijo de Dios en María, niegan por consiguiente implicitamente la Redencion. Estos dos misterios se encuentran, *vere natum—vere passum*, en San Ignacio, como en el himno de Santo Tomás.

Los Docetes negaban tambien por esta misma razon la Eucaristia, que es la reunion sacramental de la Encarnacion y de la Redencion, puesto que es la *Presencia real y sustancial* de esta misma carne de Cristo que padeció en la cruz, y la que no pudo padecer en la cruz, sino porque nació de María. San Ignacio, *en el primer siglo* profesaba esta doctrina eucarística, haciendo cargo á los Docetes de que la negaban por una consecuencia de la negacion de la Encarnacion.—«Ellos se abstienen, decia, de la Eucaristia, porque no reconocen con nosotros que la Eucaristia es la carne de Nuestro Señor Jesucristo, aquella carne que sufrió por nuestros pecados, y que el Padre resucitó en su misericordia (1).» Carne *real-*

(1) Ab Eucharistia abstinent, eo quod non confiteantur Eucharistiam carnem esse Salvatoris nostri Jesu Christi, quæ pro peccatis nostris passa est, quamque Pater benignitate sua suscitavit.—*Ad Smyrnaeos*, cap. VII.